

---

## ESCENARIOS Y ACTOR POPULAR. UN ESTUDIO DE COYUNTURA: REPUBLICA DOMINICANA, 1984-1987

Vanna Ianni\*

A mio padre

El trabajo que presentamos propone un enfoque puramente exploratorio acerca de las características de los escenarios y de las acciones populares en República Dominicana en la coyuntura 1984-1987.

Con la finalidad de construir el objeto de nuestra reflexión, hemos procedido a:

1. Destacar los elementos estructurales que operan en la particularidad de la coyuntura: la fragilidad e inconclusión del Estado y de la Nación, la limitada definición de los actores, sociales y políticos, y las obstrucciones que bloquean los procesos de democratización de la sociedad dominicana.

2. Situar la emergencia de un movimiento social urbano, en los inicios de 1984, en el contexto de una crisis económica, social y política que registra procesos de marginalización y expulsión de las masas populares.

3. Definir el perfil del movimiento social como diseminación de protestas y de resistencias, con referentes organizativos y culturales restringidos. En relación con este aspecto planteamos la hipótesis de que el soporte principal del archipiélago de las acciones populares se sitúa en los procesos que desde 1982 desplazan las masas hacia los márgenes de la vida pública y reducen sus espacios.

4. Plantear que los procesos de constitución del actor popular en sujeto requieren, en la coyuntura examinada, de una proyectua-

---

(\*) Licenciada en Filosofía (Universidad de Roma, 1966). Profesora Sociología Política (UASD). Publicó *Masas y Revueltas* (1985) y *El territorio de las masas* (1987).

lidad que asuma el problema de la organización como momento de una compleja y difícil construcción de un nuevo "sentido del orden".

Por último, nos interesa subrayar que la estrategia de investigación en la que nos inscribimos: a) lee "lo popular" como espacio heterogéneo y polimorfo, en la cual están inscritas las "huellas" de la dominación pero también están presentes "intersticios" desde los cuales es posible proceder a articular un proyecto de redefinición de la sociedad y del Estado; b) en la coyuntura analizada, localiza prevalentemente en el "territorio" los procesos de constitución de los grupos subalternos como sujetos; c) considera estos procesos como un eje importante para la consolidación y la expansión de la democracia en la República Dominicana.

### PROCESOS NACIONALES INTERRUPTIDOS

La "inconclusión" connota los procesos de formación del Estado y de la Nación en la República Dominicana. Escisiones y desencuentros signan el momento de la Independencia (1844) obstruyendo la emergencia de un Estado moderno. (Catrain P., y Oviedo, J.: 1984). El núcleo de formación de la Nación se presenta particularmente débil, por el tenue sentido de pertenencia a una identidad colectiva, por la fragilidad y la mínima definición de símbolos de estructuración de un espacio común.

En 1916, el momento de constitución del Estado dominicano resulta caracterizado por la emergencia de un proceso "nacional-estatal" (Portantiero J.C.: 1981:218), que restringe el horizonte de la Nación a los límites de un Estado extremadamente particularista e interferido en sus funciones de mediación y síntesis de los intereses contrapuestos (Brea R.: 1983:170, 203). La intervención de los Estados Unidos marca la importancia de la "determinación externa" en un contexto en el cual las rivalidades, las contraposiciones y las disyunciones de los grupos dominantes se resisten y se oponen a la integración nacional y estatal (Oviedo J: 1982:74).

Significativamente en este momento decisivo para la formación del Estado, en los grupos dominantes así como en los grupos subalternos, están ausentes sujetos que refieran a un horizonte nacional.

Las secuencias históricas despliegan los efectos negativos y disgregadores que la estrechez e inestabilidad del pacto social en el que se apoya el Estado, las ausencias institucionales y la poca definición de los actores producen en los acontecimientos dominicanos. "La República Dominicana ha registrado en todo su desarrollo histórico un total de 11 leyes electorales y 35 textos constitucionales" (Brea Franco: 1987); lo que es indicador más que transparente de la debilidad normativa que pauta las acciones sociales.

Los inicios de la transición democrática encuentran en estos procesos históricos un cuadro cuyas tensiones e inconclusiones, fragilidad y silencios, debilitan la definición de las reglas del interactuar colectivo. La democracia resulta en la sociedad dominicana una aspiración confusa, una imaginación "controlada", surcada por obscuras propensiones autoritarias. Su construcción se presenta obstaculizada por un desencuentro reiterativo entre los actores, por la debilidad de un espacio de definición y de contraposición. "La determinación recíproca de los sujetos requiere un referente común. No hay límites ni lucha sobre los límites, donde no hay un lugar de encuentro" (Lechner: 1984 :42).

## LA FRAGILIDAD DE LOS PARTIDOS POLITICOS

Un sistema de partidos frágil y en crisis permanente constituye uno de los obstáculos más resistentes para la democratización de la sociedad dominicana.

Desde sus primeras configuraciones, los partidos políticos manifiestan un perfil discontinuo y tenue. La institucionalidad mínima y precaria, la permanente indefinición ideológica y programática, el personalismo hostil a la percepción de lo "general", marcan los límites de constitución de estos sujetos de la vida política moderna y oscurecen los escenarios de la democracia.

La emergencia de los partidos en la vida pública dominicana, en 1961, al término de la dictadura de Trujillo, aparece limitada e intermitente. Distintas restricciones, a lo largo de los años 60 y 70 comprimen el sistema político y no permiten el ejercicio continuo y pleno del sufragio universal, así como de las libertades directamente ligadas a los procesos de formación de la voluntad colectiva. Los límites de operatividad y de autonomía de los partidos resultan inscritos en el mismo ordenamiento constitucional, el cual "...en la República Dominicana se caracteriza por la presencia de un control de carácter ideológico y cualitativo, que subsiste en la actualidad" (Brea Franco: 1987).

Múltiples factores concurren para producir esta debilidad de los partidos: la heterogeneidad estructural y cultural, las ausencias que restringen la unidad nacional complican y obstruyen la construcción de identidades colectivas y segmentan e interrumpen la proyectualidad social. Por otra parte, la particularidad histórica de una irrupción de las masas en los escenarios de la política (1961), la cual antecede a la definición de éstas como actor en los espacios de la sociedad, sobrecarga desde los inicios las funciones de los partidos. Estos no revelan capacidad de agregar y canalizar la multiplicidad de demandas heterogéneas y moleculares de los grupos sociales, presentando permanentemente un déficit de racionalidad y de materialidad.

En 1978, la apertura de los espacios democráticos configura un escenario que plantea a los partidos procesos complejos de redefinición y de modernización, los cuales se verifican sólo parcialmente. La democratización produce, de este modo, una crisis que deviene en "ruptura" en el "lugar" de mayor fragilidad del sistema, en la vinculación entre partidos y masas.

Mientras la nueva coyuntura requiere la implementación e "imaginación" de formas distintas de construcción de los sujetos, los diferentes partidos del espectro político, de la derecha a la izquierda, continúan actuando según esquemas de relaciones verticales y rígidas que ostruyen la participación popular y dificultan la cohesión social. De este modo, mientras se verifican procesos crecientes de marginalización de las masas, la política tiende a desplazarse hacia las dramaturgias de un espectáculo que combina la seducción (Baudrillard J.: 1981:15) y la fascinación con la ausencia de participación, configurándose las condiciones para la irrupción de un movimiento social.

Hoy, en una coyuntura de separación acentuada entre Estado y sociedad, dentro de procesos de democratización bloqueados nos inclinamos a preguntarnos si en una historicidad disgregada y puntual como la dominicana, el archipiélago ambiguo y flotante de los movimientos no podría ser un referente a través del cual localizar intersticios para disminuir la fragilidad de los partidos y para fortalecer la sociedad. En una situación de desencuentro entre sociedad política y sociedad civil ¿la constelación evanescente de los movimientos no deviene una señal de las posibilidades y de las condiciones de encontrar nuevas formas organizativas de definir una proyectualidad que articule las demandas de las masas y se convierta en el eje para la expansión de la democracia dominicana?

## LA EMERGENCIA DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

En 1983, el inicio del segundo gobierno del Partido Revolucionario Dominicano (PRD) marca el inicio de una etapa de reordenamiento del Estado y de la sociedad, la cual opera una restricción importante de los espacios democráticos. Ante la crisis económica, los particularismos de los grupos dominantes y la presión de los organismos internacionales, el gobierno se aleja de los tímidos intentos populistas del período 1978-1982 e implementa un modelo económico neo-liberalista, centrado en el mercado externo y cerrado a las demandas populares, lo cual contribuye a producir una progresiva y acelerada pérdida del consenso. El Estado entra en una crisis profunda, en la cual se adicionan el deterioro de la racionalidad estatal, la erosión de la gobernabilidad y la ausencia creciente de representatividad y legitimidad.

En esta coyuntura de acentuada fragilidad del Estado y de los

partidos, de crisis económica y de restricción del espacio público, se produce la emergencia de movimientos sociales. Estos movimientos se configuran como tramado deshilado que remite a un "movimiento popular" (Pease H. y Ballón E.: 1981) particularmente débil y discontinuo, en el cual las formas "clásicas" de organización de las clases subalternas, partidos, sindicatos y organizaciones campesinas, resultan particularmente interferidas.

El movimiento popular sintetiza hoy particularidades propias de la historia de los grupos subalternos dominicanos. Una historia en la que la fragilidad de los partidos se continúa y refuerza en la fragilidad de los sindicatos. La "debilidad constructiva del campo popular" procede de una dispersión y de particularismos sociales persistentes, de una extrema indefinición cultural y organizativa que confiere una connotación peculiar a la "disgregada y episódica" historia de los grupos subalternos.

Dentro de la coyuntura, las centrales sindicales revelan una capacidad mínima de dirección de los conflictos, los cuales responden a reivindicaciones eminentemente salariales y permanentemente defensivas y ocasionales. De este modo, se reitera y confirma la extrema fragilidad estructural del movimiento sindical dominicano, el cual se manifiesta: a) segmentado organizativamente en una pluralidad de Centrales que llegan actualmente al número de diez; b) debilitado por una mínima representatividad, dado que sólo el 15% de la fuerza-trabajo se encuentra organizada (Oviedo J. y Espinal R.: 1986: 30, 61, 66); c) comprimido por una reglamentación jurídica que acentúa y profundiza la atomización de la fuerza-trabajo (el Código de Trabajo reconoce la formación de más de un sindicato por empresa y fija en 20 el número mínimo de trabajadores requeridos para su constitución); d) encerrado en los círculos de demandas básicamente defensivas y privado de un horizonte estratégico. Las divisiones y los antagonismos grupales de los partidos se transmiten casi mecánicamente al momento de la conflictualidad y de la contratación interna a la producción, signando la debilidad y profundizando las limitaciones del movimiento sindical.

Las organizaciones campesinas, por su parte, manifiestan una análoga predisposición a la inmediatez, a la improvisación, a la permeabilidad. En su misma forma asociativa se inscribe una lógica de organización que subordina el movimiento a una dirección que desde "arriba", desde el Estado u otra institución, disciplina su potencial de acción autónoma. De este modo, la atomización y el inmediatismo de los grupos populares no encuentran en el movimiento sindical y en el movimiento campesino momentos y formas consistentes de superación y construcción de una subjetividad. Por el contrario, el movimiento que emerge dentro de la crisis y que

se convierte en punto de referencia y de propulsión de los otros movimientos resulta ser el movimiento social urbano.

Esta eclosión de lo "urbano" responde, como en otros países de América Latina a la disyunción entre procesos de urbanización e industrialización (Castells M. : 1981 : 109). En el caso específico de la República Dominicana la fisonomía del espacio popular presenta una heterogeneidad y dispersión todavía más acentuada. Las diferencias resultantes de distintas relaciones con la esfera de la producción se mezclan a disimilitudes culturales reproducidas por flujos migratorios que responden a distintas temporalidades y a procesos de proletarianización heterogéneos (Duarte I: 1986 : 152, 161) en un marco general de acentuada indefinición de los sujetos, del Estado y de la Nación. Una miríada de reivindicaciones inmediatas, localizadas, sin dimensión estratégica, puntúan hoy el territorio de las principales ciudades. Se destienden en un archipiélago de conflictualidades que parecen trascender los efectos de un simple producto de procesos de crisis y de la desintegración social y política. ¿Sugieren, quién sabe, la posibilidad confusa de un modo distinto de hacer política?

#### LOS ESPACIOS URBANOS: LAS REDES DE LAS ACCIONES POPULARES

La revuelta de abril de 1984 constituye un acontecimiento que tiene valor de "signo demostrativo" de los cambios que intervienen en el escenario social y político dominicano. Las masas populares, fragmentadas, con referencias organizativas mínimas y con ausencias estratégicas determinantes, restringidas en un lugar excéntrico respecto al poder político, empiezan a manifestar una propensión acentuada a la activación y a la protesta.

Asumiendo como indicadores los primeros ocho meses del año y comparando entre sí los años 83 y 84, es posible registrar un incremento de las luchas populares del orden del 102%, crecimiento que marca nítidamente el inicio de un "ciclo de protesta" (Tarrow S:1982 : 131) aún abierto. El perfil del ciclo, discontinuo y desigual, con bruscas aceleraciones y rápidas desaceleraciones, revela una progresión en el aumento de las luchas que en los años siguientes se mantiene, de modo constante, en valores elevados y ascendentes (cuadro 1.5 y cuadros: 1.1, 1.2, 1.3). La intensificación y expansión de la conflictualidad se corresponde con procesos de redefinición del campo de las demandas, de los actores y de las modalidades organizativas, los cuales signan nítidamente el desfase y el "impasse" de las organizaciones tradicionales (Cela, Duarte y Gómez: 1987 : 50, 51).

El ciclo resulta, además, acompañado por el aumento de una agresividad difusa y de la violencia individual. Significativamente,

en los barrios de la ciudad de Santo Domingo en los que se registran los niveles más elevados de protestas se presentan también los fenómenos más intensos y recurrentes de desviación de las normas (drogadicción, prostitución, bandas juveniles) (Ianni V.: 1987: 126-127; Dore C.: 1985: 18).

La particularidad de la coyuntura, 1984-1987, subraya elementos permanentes en la historia de los grupos subalternos dominicanos, los cuales remiten a la reducida definición de las clases. En las redes magmáticas y anónimas de las luchas populares, las interpe-laciones clasistas no se convierten en el eje articulador de las conflictualidades dispersas y efímeras. Por el contrario, son las demandas relacionadas al "territorio", a la ciudad en cuanto definición en y a través del espacio del modelo de dominación económico y político (Castells M.: 1981: 113), las que sobresalen respecto a las acciones localizadas directamente en los lugares de trabajo.

La escasa definición de un actor de clase, carácter común a las historias de los distintos países latinoamericanos (Touraine A.: 1984: 122), aparece particularmente acentuada en la historia dominicana y produce dificultades y limitaciones que concurren a obstaculizar la incorporación y la articulación de las demandas populares.

En el escenario político y social se destacan vacíos y sombras que remiten directamente a la escasa constitución de las masas populares en "pueblo" y en "clase" (Portantiero J.C. 1983: 233, Laca-lau E.: 1978: 22). En este contexto, las reivindicaciones y las microconflictualidades cotidianas entretienen redes difusas, y revelan una reducida disponibilidad a ser "representadas", a devenir en "interlocutor". En momentos de crisis particularmente acentuada, el Estado ha intentado atribuir un "rostro" a estas olas de desesperación y desencanto, ha tratado de "darse" un interlocutor con quien "apostar" en el "juego" de las transacciones y/o en el del "castigo". En abril de 1984, en los círculos de la revuelta, el discurso del Presidente Jorge Blanco trata de "localizar" un sujeto para poner en escena un cuadro de simulación y reconstruir la legitimidad del poder. Recurre a efectos de desdoblamiento y de proyección invertida, activando un diálogo con las Centrales sindicales que las asume como "representantes" de una revuelta que no conoce "personajes" (Dore C.: 1985: 23). Más recientemente, en septiembre de 1987, el Presidente Joaquín Balaguer en ocasión de huelgas particularmente violentas, vuelve a imputar a las izquierdas la responsabilidad de los acontecimientos, reactivando el dispositivo dirigido a dar un "nombre" a un movimiento anónimo, en el intento de neutralizar los efectos de "vacío" producidos por luchas cuya "objetividad" anula "la escena y el discurso político". (Baudrillard J.: 1983: 100).

La fluidez del movimiento social urbano lo perfila como constelación evanescente e indefinida de puntualidades, en la cual debilidad y fortaleza se conjugan y se producen recíprocamente. Un pulvíscolo de reivindicaciones ligadas a las carencias de los equipamientos colectivos (agua, energía, alcantarillado, salud, viabilidad, transporte, vivienda, educación), al desequilibrio creciente entre precios y salarios, a instancias de moralización de la vida de los barrios, se extiende a todo el territorio nacional. Las demandas revelan las carencias de una cotidianidad marcada por las "huellas" de un poder que domina a través de la exclusión y de la separación. Estas acciones populares, aunque dirigidas básicamente a solicitar la "inclusión" en la asignación de los recursos estatales (Cela, Duarte y Gómez: 1987:53,54), presentan una dimensión "disruptiva" en la medida en que las demandas resultan sólo mínimamente integrables en el modelo de dominación vigente en una sociedad que, como la dominicana, se caracteriza por ser una sociedad de desigualdad y de escasez.

En efecto, las características de un movimiento social se establecen respecto al "sistema de relación en el que la acción colectiva se sitúa y al que se refiere" (Melucci A.: 1982:24). En el caso dominicano, las movilizaciones relativas a las reivindicaciones urbanas, aunque limitadamente, "producen efectos sociales cualitativamente nuevos en las relaciones entre las clases, en un sentido contradictorio a la lógica estructural dominante". (M. Castells: 1981:151).

La ausencia de núcleos organizativos consistentes acentúa en las protestas populares urbanas las características fluidas y diluidas de un "área de movimiento" (Melucci A.: 1984:26), que redefine la configuración de "lo popular" -subrayando la incidencia de lo "territorial"- y plantea al orden problemas decisivos de gobernabilidad. La asunción del Estado como interlocutor primario confiere connotación política a las reivindicaciones sociales, la cual sin embargo, resulta neutralizada y revertida por la difusa y restringida identificación del "adversario". Los efectos sociales y políticos de las luchas aparecen limitados por una dimensión de "ruptura" obstruida en su conexión potencial con la lucha política.

La circularidad y las tensiones que caracterizan al movimiento social señalan las posibilidades y los límites actuales del movimiento popular dominicano, y en un orden más general, indican la profundidad y particularidad de una crisis que no reenvía a un enfrentamiento entre clases sino más bien a procesos generales de disgregación, a un escenario de desencuentro y disyunciones. Una lectura de los acontecimientos de tipo vetero-marxista apoyada en la categorización clase en sí-clase para sí, resulta particularmente ineficaz e improductiva en cuanto cerrada a la posibilidad de captar la especificidad y las potencialidades del movimiento popu-



lar dominicano. Sólo en la medida en que superen las distintas variantes de un enfoque reduccionista, es posible entrever el perfil de un movimiento que, a través de súbitas aceleraciones y caídas sigue una línea ascendente, la cual el cambio de gobierno, en 1987, interrumpe sólo momentáneamente.

Por otra parte, las secuencias de denuncias, marchas, paros y huelgas, aunque puntuales e inestables, sin consistentes núcleos organizativos ni presencia de leadership, señalan la activación de procesos particulares de definición de sí mismo y del entorno, que nos parecen importantes y analíticamente insoslayables dentro de la coyuntura. Para reconstruir estos procesos hay que superar "la concepción ingenua de la acción colectiva que la considera como algo dado y como una unidad. Es imprescindible, por el contrario, interrogar lo dado para saber cómo resulta producido, y hay que descomponer la unidad empírica para reconocer la pluralidad de elementos analíticos; es decir, de orientaciones, de significados, de relaciones, que convergen en el mismo fenómeno" (Melucci A. 1987 : 34):

La persistencia y la dispersión acentuadas de las luchas populares, su separación del espacio político, sugieren una exploración acerca de los cuadros cognitivos, de las redes emocionales, de las interrelaciones subjetivas que estructuran la "identidad colectiva" de las masas dominicanas. "Llamo identidad colectiva a una definición interactiva y compartida que muchos individuos producen acerca de las orientaciones de la acción y el campo de oportunidad y de restricciones en el cual ésta se coloca" (Melucci A.: 1987:46). El análisis de los retículos subyacentes a los procesos "inconclusos" de definición de los sujetos devienen, en la coyuntura, el punto de referencia primario para un proyecto de construcción de una voluntad colectiva popular y nacional.

#### LA "INSOPORTABLE LEVEDAD" DE LAS FORMAS ORGANIZATIVAS POPULARES

La coyuntura 1984-1987 registra en sus inicios una crisis amplia y profunda de las formas organizativas de las masas populares. La revuelta de 1984 es el signo del "espacio de nadie" que separa Estado y masas, de las fisuras que agrietan la sociedad.

Sin embargo, el ciclo de protestas que se inicia súbitamente con el levantamiento popular constituye el marco en el cual emergen nuevas modalidades de organización entre las cuales se destacan los Comités de Lucha Popular (CLP). Estos, después de abril de 1984, se multiplican y se difunden de modo acelerado en el territorio de los barrios populares de las principales ciudades de la República Dominicana.

La genealogía de los CLP remite al entrecruzamiento de fuer-

zas e instancias distintas: en un núcleo de forma asociativa extremadamente fluido y precario, vinculado a luchas locales y coyunturales interviene la acción de las Izquierdas, la cual apunta a crear un dispositivo de ordenamiento e incorporación vertical de las movilizaciones populares. Nuevas y viejas formas de hacer política se mezclan en las acciones de nuevos y viejos actores configurando un equilibrio inestable.

Al inicio de la coyuntura las izquierdas dominicanas, reduciendo el Estado a instrumento de las clases dominantes, la democracia a engaño y los sujetos a entidades preconstituidas a nivel de las relaciones de producción, se encuentran separadas del Estado y ghettizadas dentro de la sociedad. Dispersas y diluidas en una franja indefinida de grupúsculos sin relevancia, su debilidad incide negativamente en el sistema político, en el cual marca la ausencia de una alternativa. Los espejismos y la relación imitativa que las izquierdas mantienen con el verticalismo del poder del Estado, cortocircuitan la configuración de formas organizativas con posibilidad de expansión entre las masas. En efecto, las izquierdas, las cuales en abril de 1984 manifiestan una separación significativa de los acontecimientos, tratan sucesivamente de intervenir en ellos promoviendo la formación acelerada de los CLP. Situada al margen de la comprensión de la particularidad de la coyuntura y de la especificidad del ciclo de protestas populares, la lógica rígida y operante exclusivamente "desde arriba", que caracteriza las actuaciones de las izquierdas, se revela inadecuada para articular las demandas heterogéneas y polimorfos de las masas. Una mezcla paralizante de confusión, de improvisación y de dogmatismo se transmite al interior de las nuevas organizaciones, produciendo el bloqueo y la distorsión de una forma potencialmente expansiva. Los CLP, asumidos de este modo por los minúsculos y autocentrados partidos de las izquierdas dominicanas como una "correa de transmisión" más de sus directrices, terminan por fraccionarse, diluirse o mantener una presencia restringida y ocasional. El sectarismo, el coyunturalismo y el verticalismo obstruyen las potencialidades de los CLP, cuyas dificultades y límites, ya en 1985 devienen transparentes (Ianni V.: 1987: 46).

La emergencia de los CLP resulta interferida por la conjunción de múltiples factores. La ausencia de un proyecto alternativo y la dilución de las izquierdas se suman a la dispersión y a la circularidad de las resistencias de las masas, produciendo limitaciones paralizantes y pérdida de vigencia de la nueva modalidad de organización.

En el retículo de las protestas populares, en la "trama sin sujeto" de las acciones de las masas, las Asociaciones o Comités de Vecinos adquieren una presencia expansiva y cada vez más conno-

tativa de los procesos de redefinición de los actores que caracterizan el ciclo iniciado en abril de 1984. Constituyen una forma de organización menos permanente y formalizada que las CEB, menos politizada que los CLP y caracterizada por la acentuada efimeridad. La defensa de los intereses particulares y ocasionales del barrio constituye el momento de agregación y la fuente básica de legitimidad de un entramado asociativo que aparece apoyado de modo directo sobre contradicciones relativas al espacio urbano.

Las Asociaciones de vecinos representan núcleos asociativos extremadamente fluidos, puntuales, redes evanescentes, que se forman y diluyen en tiempos particularmente breves y que permanecen encerradas en los "recintos" de los intereses inmediatos. Materializan experiencias interesantes en la medida en que tratan de establecer redes de solidaridad, vivencias colectivas, formas de lucha que atenúan o interrumpen la pasividad y el fatalismo del tiempo de la dominación. La difusión que experimentan en la coyuntura representa un indicador de que las resistencias populares no encuentran canales de representación en el sistema político ni formas de presencia consistentes dentro de la sociedad y se enlazan en "redes de solidaridad" fluidas, elásticas, con escasas dimensiones propositivas.

En la coyuntura referida, una forma organizativa peculiar que adquiere un rol relevante está constituida por las Comunidades Eclesiales de Base (CEBs). Estas últimas, en efecto, presentan características particulares en cuanto no se asumen directamente como momento de acción social y política, sino que reenvían para ello a formas organizativas "externas". Sin embargo, aun con una acentuada dimensión religioso-pedagógica, las CEBs representan una forma interesante de organización popular y un momento importante de elaboración de un sentido del orden. Activas en la sociedad dominicana desde los años 70, resultan constituidas por pequeños grupos portadores de una interesante experiencia de permanencia y participación. La convocatoria religiosa que las articula se despliega en dimensión histórica y "terrenal". Una "lectura situacional" de los textos bíblicos los convierte en un código interpretativo de los acontecimientos dominicanos, apoyado sobre un "punto de partida" constituido por la "situación histórica de dependencia y dominación". Esta última deviene "el signo de los tiempos o el lugar teológico" (Van Nieuwenhova: 1975: 89), desde donde las CEBs proceden a redefinir la relación entre realidad histórica y mensaje teológico. Difusas en gran parte del territorio dominicano, y particularmente en el espacio popular de la Capital, las CEBs se convierten, dentro de la crisis, en un momento importante de expresión de las voces silenciadas del "coro". Tomando como referencia la situación de cuatro barrios de la Zona Norte de Santo Domingo, la capacidad de penetración en el tejido popular está ilustrada por

la presencia de 158 comunidades con un total de 2.084 miembros en ese espacio (Delgado y Matero: 1987).

La fisonomía de las CEBs dominicanas manifiesta un espectro diferenciado en el cual se delinearán distintas experiencias y diferentes "historias". Sin embargo, las diversidades revelan instancias comunes de reflexión y de prácticas participativas. Remitiéndonos al caso de las CEBs ligadas a una parroquia de la Zona Norte de la Capital, es interesante comprobar cómo las redes organizativas responden al intento de construcción de una práctica popular autónoma, orientada a trascender limitaciones relevantes del sentir y del obrar de las masas. El carácter rotatorio y no individual de las funciones de representación, se revela como un límite para la afirmación y reproducción del personalismo. Las líneas de trabajo horizontales, entre las distintas comunidades, tratan de corregir la tendencia al aislamiento y al localismo. La institucionalización del trabajo resulta un momento importante de superación del inmediateísmo y de la improvisación presentes en el sentido común de las masas dominicanas. La estructura organizativa aparece como un intento de "lanzar una pasarela" hacia prácticas democráticas. Aunque el signo religioso sigue alimentando determinadas relaciones de poder, las cuales proceden de la institucionalización jerárquica y monocéntrica de la fe que caracteriza a la iglesia católica, la capacidad de las CEBs de actuar como referente trasciende el momento religioso y proporciona indicaciones interesantes para la configuración de una proyectualidad popular y democrática.

Las prácticas de las CEBs presentan una síntesis significativa entre elementos racionales y expresivos, operando con "...un importante sistema simbólico para interpretar la lucha. El punto de referencia es el "pueblo" (un concepto bíblico) más que, simplemente, la noción técnica de "proletariado". Los símbolos del "éxodo" y del "reino" sitúan los eventos en una perspectiva de largo período..." (Berryman Ph.: 1984:18). En efecto, el discurso religioso signa al mismo tiempo la capacidad de agregación y los límites de expansión de las CEBs; constituye, en otro orden, una confirmación de que el momento constitutivo de una organización requiere de la emergencia de un espacio simbólico común, de una concertación de representaciones y de valores, de una proyectualidad de sentimiento y de razón cuyos vacíos y cuyas ausencias bloquean hoy el desarrollo del movimiento popular.

En esta coyuntura particular de la historia dominicana, la pre-fecia de las CEBs aparece subrayada por las ausencias y debilidades que afectan al movimiento popular y por la fragilidad del referente estatal. En una crisis institucional en la que la fuente del poder tiende a desplazarse fuera del Estado para recuperar un apoyo "sacralizado", la "Iglesia Popular" abre intersticios importan-

tes en la acción de la "Iglesia jerárquica" a favor de un orden que excluye y oprime; representa un momento decisivo de reconocimiento de las resistencias populares. La historia "comprometida" de las CEBs dominicanas no se circunscribe a la dimensión cerrada de una experiencia comunitaria autocentrada. Las CEBs, han realizado importantes esfuerzos de coordinación dirigidos a trascender una presencia puramente ético-testimonial, y han establecido momentos de reflexión y formas de intervención en el acontecer social y político.

Esta disponibilidad hacia una dimensión "externa" se ha materializado en un conjunto de iniciativas, entre las cuales se destacan el periódico *Encuentro*, que establece desde 1975 una red de información y de conexión entre 7 comunidades de la Zona Norte, la fundación en 1980 del Comité para la Defensa Barrial (COPADEBA), organización barrial con presencia e incidencia apreciables, la elaboración cada vez más permanente de análisis de coyuntura acerca de los acontecimientos social y políticamente más relevantes.

Un estudio relativo a las CEBs de cuatro barrios de la Zona Norte de Santo Domingo el cual se propone examinar los efectos que la práctica en la comunidad produce en el interactuar social y político, proporciona datos interesantes que comprueban el fortalecimiento de actitudes y disposiciones decisivas para el crecimiento de un espacio democrático. Los miembros de las CEBs muestran una inclinación mayor a la participación, a la organización y a la explicación histórica de las desigualdades sociales que los demás moradores de los barrios. Por otra parte, el estudio de referencia permite localizar un indicador significativo de los límites de constitución de las CEBs, como discurso religioso y como perspectiva acerca de la sociedad, el cual remite a una presencia mayoritaria de mujeres en edad madura entre los componentes de las comunidades. Tal dificultad no nos parece inscrita en la estructura organizativa ni derivar directamente de la estrategia de configuración de las CEBs, más bien subraya los obstáculos que una "opción para la fe" encuentra en la sociedad dominicana y en un tiempo de "ocasionos".

La particularidad de la situación nacional es el marco básico que delimita el accionar de las CEBs.

La dimensión religioso-confesional es un componente más de la sociedad moderna y, por sí solo, no puede producir un sentido de orden alternativo, definir los valores, expresar las creencias y los símbolos que son imprescindibles para la transformación del pueblo en sujeto y para la configuración de un proyecto democrático y societal. La evanescencia e irrelevancia de las Izquierdas, sus limitaciones estratégicas y culturales, sus debilidades organizativas,

potencian en el corto período y al mismo tiempo cortocircuitan en un plazo más largo, el rol y el horizonte de las CEBs, porque las privan de interlocutores y de momentos organizativos hacia los cuales poder reenviar la "ejemplarización" de sus instancias y de sus prácticas.

Un interesante estudio del Centro de Comunicación y Acción Popular (CECAPO), traza un cuadro de las limitaciones comunes a las distintas organizaciones populares. La limitada democracia interna, la mínima institucionalidad, la reducida vinculación con los problemas del barrio, producen una separación decisiva entre las interpelaciones populares y los momentos de organización existentes. La configuración de prácticas democráticas resulta particularmente débil y obstruida. Este perfil demarca las potencialidades de ruptura y de alternativa de un movimiento cuya volatilidad y puntualidad revelan indefiniciones e interrupciones que bloquean la institucionalización de orientaciones y acciones. Remite al nivel más profundo de producción del orden social, a una memoria colectiva mínima y sin espesor, a una impermeabilidad considerable de las prácticas políticas y de las vivencias cotidianas, a la tenuidad del "nosotros" en cuanto filtro y selección de las experiencias históricas. La efímera "levedad" de las formas organizativas populares solicita al análisis un descenso a las "memorias del subsuelo", a la oscuridad de los "archivos" del sentido común de las masas dominicanas.

## IDENTIDAD POPULAR Y PROYECTO SOCIETAL

Los límites que circunscriben las formas organizativas de las masas y las obstrucciones que encuentra la formación de una *leadership* popular, constituyen indicadores importantes y significativos de las interrupciones presentes en los procesos de constitución del actor popular en sujeto en la República Dominicana (Melucci A. 1987: 48). La configuración coyuntural de las redes organizativas populares remite a la persistencia de una dimensión estructural, histórica. La "insoportable levedad" de las formas organizativas de las masas demarca el horizonte de cohesión del movimiento social urbano (Castells M.: 1985: 115), caracteriza al movimiento popular como movimiento "interrumpido" y reenvía a la debilidad de los "procesos interactivos de construcción de una identidad colectiva".

La irrupción de las masas dominicanas en el escenario público, al final del trujillato, desdibuja una identidad difusa que presenta una connotación política dominante respecto a la definición de clase en sentido corporativo, según una variante ampliamente presente en los procesos históricos latinoamericanos. "Mientras que en la tradición clásica, la fábrica operó como eje de agregación social

de la clase obrera, en América Latina, fue la plaza pública, el lugar de la movilización por la integración política a través del Estado, la que unificó a unas clases trabajadoras económicamente segmentadas" (Sigel y Torre: 1979: 145). La movilización y la localización de las masas en lo ocasional y en lo inmediato produce un ciclo de protestas (1961-1965) que contribuye a profundizar la disyunción entre Sociedad y Estado, la cual abre la posibilidad para la interrupción de la constitucionalidad en 1963 y culmina en la "ruptura" de abril de 1965. La "guerra de abril" representa un hito importante en la historia de las masas, el cual sin embargo, cuando es considerado "momento fundacional" del pueblo como sujeto, resulta un soporte extremadamente estrecho y corporativo. La dimensión nacional (Portantiero J.C.: 1972: 77) que estructura la lucha popular aparece como una forma de identidad particularmente desequilibrada, dirigida "hacia afuera", la cual pierde la relación con los procesos de unificación interna, de configuración de una "identidad de diversidades". En efecto, los intentos recurrentes de las Izquierdas para transformar "abril de 1965" en un mito movilizador y propositivo de una estrategia, ha operado, en distintas coyunturas, como momento de frustración y no de fortalecimiento del movimiento, convirtiendo a las viejas luchas en un "fantasma" que interfiere la expansión de nuevos movimientos.

Los dispositivos que, durante los gobiernos de J. Balaguer (1966-1978), el Estado activa para anular las organizaciones populares y eliminar los líderes emergidos durante las luchas anteriores, encuentran resistencias y neutralizaciones significativas. Frente a las estrategias de un Estado "disciplinario" emergen formas de agregación con capacidad de convocatoria y niveles de acción importantes, aunque circunscritos a la coyuntura. La diseminación de los clubes y el impacto de los Comités de Amas de Casa (CAC) en los barrios populares, hilan un tramado organizativo difuso y consistente. El auge del movimiento clubístico sitúa el encuentro entre las resistencias populares y el intento de las izquierdas del PRD de mantener una presencia ante las intervenciones desmovilizadores del Estado. Por otra parte, es el marco de la represión el que, obligando a las resistencias a insertarse en un horizonte de mediación cultural como forma de agregación y canalización de las interpelaciones populares, confiere una vigencia temporal a estructuras organizativas que tratan de "disciplina" verticalmente la "indocilidad" de las masas.

El inicio de la transición democrática, en 1978, signa el inicio de la crisis de estos momentos organizativos. La conversión del PRD de "partido popular" en "partido de gobierno" produce divisiones y disgregaciones en diferentes organizaciones populares, las cuales se suman a los efectos igualmente paralizantes que derivan

de la crisis que disminuye y anula a las izquierdas. Cuando el Estado profundiza la restricción de los ya precarios espacios políticos y sociales de las masas, las condiciones están dadas para la emergencia de un movimiento social.

La coyuntura que empieza en 1984 remite a un archipiélago de organizaciones inestables y efímeras, a una trama fluida y anónima de luchas populares cuyo perfil se convierte en signo de la historia difícil e interferida de los grupos subalternos en la sociedad dominicana. Esta particular conjunción de lo ocasional y lo permanente sugiere al análisis buscar en "acontecimientos mucho menos grandiosos, mucho menos perceptibles" de los que aparecen en el escenario "clásico" de la política, un código de lectura y un eje para la superación de la disgregación y puntualidad del movimiento popular.

La exploración en los "archivos" en los que se hilta el sentido común de las masas permite recuperar las zonas grisáceas en las que se confunden experiencias sociales y representaciones políticas. Hoy, "... la recomposición de las identidades colectivas no se afina exclusivamente ni en lo político ni en lo social. Nuevamente nos enfrentamos al problema de la relación o de la articulación; al respecto, tal vez el estudio de la vida cotidiana o del sentido común (Nun: 1983) pueda esclarecer la conformación de las identidades" (Lechner N.: 1984: 23).

En la coyuntura actual, que remite a la presencia y persistencia de un ciclo de luchas populares, es difícil pero irrenunciable resistir la inclinación recurrente al inmediatismo, que asume la unidad como algo dado y no como proceso, y al instrumentalismo que concibe el "asalto" como única relación con el poder. Resulta imprescindible una "arqueología" que escarbe en las estratificaciones y en los sedimentos del sentido común, de aquella "filosofía espontánea de las multitudes que se trata de volver ideológicamente homogénea" (Gramsci A.: 1975: 1398).

El "inventario" de los "flujos" ocultos, de las redes subterráneas que estructuran los cuadros comunes de definición del tiempo y del espacio, los ejes cognitivos y simbólicos, localiza e interviene en los núcleos de definición de un "nosotros" que hoy se manifiesta escindido y desarticulado, que aparece como un entramado endeble y "caótico de concepciones disímiles" que opera como trasfondo de las prácticas sociales y políticas. "¿Cómo reflexionar la práctica política al margen de los lazos de arraigo colectivo y de pertenencia afectiva que desarrollamos día a día?" (Lechner N.: 1984: 26).

Los procesos de construcción de la subjetividad popular necesitan volver transparentes las ambiguas sedimentaciones, los cruces



en que se unen y se confunden las interpelaciones democráticas y las aspiraciones particularistas, los egoísmos oscuros y los latidos de solidaridad. Necesitan "apostar" a una transformación del sentido común, "ni rígido ni inmóvil", de las masas en una visión del mundo autónoma y portadora de una propuesta de alternativa nacional: "... el sentido común de los explotados contiene un núcleo de buen sentido, un sentido elemental de separación y de antagonismo frente a los dominadores". (Nun J.: 1981 :20).

Esta estrategia articuladora, que apunta a modificar el sentido común para "lograr una rearticulación general de la sociedad" (Laclau E.: 1981 :54) presupone un potenciamiento del momento intelectual, particularmente débil y restringido en la historia de los distintos grupos sociales dominicanos. Requiere poner "énfasis en una lógica de las diferencias que, al reconocer y tematizar la diversidad de los estratos culturales, coloque en primer plano el problema de su articulación democrática". (Nun J.: 1986 :28).

La coexistencia y correspondencia de un Estado débil con una sociedad igualmente débil plantean a los procesos de definición de los sujetos la necesidad de articular los escenarios sociales y políticos con los momentos de configuración de una visión del mundo, con el fortalecimiento de un espacio simbólico común. Hay que considerar "para cada sociedad y para cada situación histórica, cómo varían los límites y las formas de "hacer política" (Lechner N.: 1984 :22). En la historia dominicana, la debilidad de "sentidos sociales compartidos" obstruye la constitución y el funcionamiento de los partidos, neutraliza el procesamiento de los antagonismos y la cohesión social. En un campo de ausencias y desencuentros, los laberintos de la crisis no reenvían a instancias de "reconstitución", más bien desafían a "concluir" los procesos interrumpidos de "constitución" del Estado y de la Nación.

En este contexto, coyuntural e histórico, una estrategia popular no puede reconducir el problema de la organización a la mera derivación de formas a partir de una proyectualidad ya definida o de una teoría constituida. "Ya no hay 'la teoría' y esta ya no es un conjunto monolítico de verdades definidas para siempre sino sólo uno o varios puntos de partida que obligan a la actitud racional de crítica, investigación de la realidad histórica y aprendizaje en muy diversos campos teóricos" (Garretón M.A.: 1982 :152). El momento organizativo no se presenta separado de la asunción de un campo problemático en el que se destaca la necesidad de formas distintas y variables de organización, de una pluridimensionalidad no jerarquizada a partir de la dirección de un sujeto único, portador privilegiado de "las leyes de la historia". La heterogeneidad y la dispersión de las masas dominicanas excluyen la eficacia de formas cerradas y estructuradas de modo vertical, expulsan el monolitismo

y el instrumentalismo de las vanguardias ilustradas, de los educadores que no necesitan ser educados. En una historia puntuada por la desarticulación y disimilitud, la construcción del sujeto popular remite a la emergencia de un espacio común de diversidad, convergencia y oposición, a la definición de una lógica de articulación no lineal ni dual, a la cristalización de un "centro de articulación de un conjunto diferenciado de contradicciones y luchas democráticas" (Laclau E.: 1981:55).

La definición de una proyectualidad que articule las múltiples y diferenciadas interpelaciones de las masas y les confiera dimensión societal, encuentra en la democracia el eje primario, el referente indispensable para la unificación de "la diversificada gama de rechazos y de cuestionamientos" que configuran el horizonte actual de las masas dominicanas. Sólo el enlazamiento procesual de redes flexibles, móviles y "abiertas" puede vincular horizontal, vertical y transversalmente movimientos y partidos, dirigentes y dirigidos, trascendiendo el autoritarismo y el verticalismo tolemaico de los centros únicos y de sus corolarios: "las correas de transmisión" (Lochner N.: 1982:31). La democracia como valor y como forma de organización institucional, política y social es la premisa y la garantía de una superación de la política como mero ejercicio de una razón que "confina" a las masas al lugar de quien tiene que ser "educado" y "dirigido". Sólo la democracia puede articular una proyectualidad popular alternativa al sentido del orden existente y propositiva de un pacto social opuesto a las exclusiones y a la dispersión, el cual no oponga orden y libertad. "Si bien la democracia es la representación de la división en la sociedad, simultáneamente ese conflicto cohesiona a la sociedad en torno a un mismo "enjeu" (Lechner N.:1984:25).

La emergencia de esta alternativa popular remite en el hoy dominicano a una posibilidad intersticial. Constituye una "apuesta", la cual, en procesos históricos obstruidos por la irreductibilidad de los antagonismos de los grupos dominantes y la dispersión general, representa un "arrojar unos dados" en el que se juega también un "proyecto de futuro" de la democracia y de la Nación dominicana.

#### SINOPSIS

a. En la coyuntura 1984-1987, el actor popular aparece en el escenario social y político como sujeto por constituir.

b. Estos procesos de definición del pueblo como sujeto remiten a una complejidad acentuada por las interrupciones que debilitan los procesos de construcción del Estado y de la Nación.

c. La emergencia de un movimiento social urbano, con posibilidades de expansión en la sociedad pero con articulaciones reduci-

das con los otros movimientos sociales y con un horizonte político cerrado, sitúa procesos de redefinición del actor popular los cuales subrayan la importancia y la especificidad del "territorio" como componente de una identidad "en formación".

Sin embargo, las potencialidades agregativas del "territorio" como lugar de emergencia de demandas "transversales" y diseminadas presentan hoy obstrucciones determinantes para la materialización de una estrategia popular-nacional.

d. Los procesos de constitución del sujeto popular remiten a un espacio complejo y a una temporalidad larga, en los cuales poder articular prácticas hegemónicas apoyadas en formas organizativas plurales y múltiples, con capacidad de ordenar las diversidades y las arritmias sociales.

e. En una historia de "eventos sin consecuencia" un rastreo de las formas institucionales y una "arqueología" del sentido común resultan fundantes para la configuración de una proyectualidad alternativa.

f. La viabilidad de los procesos de definición del pueblo como sujeto remite en la República Dominicana a una articulación de lo popular y lo nacional que resulta -al mismo tiempo- un "eje" para la institucionalización y expansión de la democracia dominicana.

## BIBLIOGRAFIA

- Baudrillard J. *Ipotesi di seduzione*. Capelli, 1981.
- Berryman PH. "Comunità cristiane di base e il futuro dell'America Latina", en *Monthly Review*. Ed. Italiana 1984, n. 6.
- Brea, R. *Ensayo sobre la formación del Estado Capitalista en la República Dominicana y Haití*. Taller 1983.
- Brea Franco, J. "La Reglamentación Jurídica de los Partidos Políticos en la República Dominicana". *El Nuevo Diario*, 17 Sept., 1987.
- Castells, M. *Movimientos Sociales Urbanos*. Siglo XXI, 1985.
- , *Crisis Urbana y Cambio Social*. Siglo XXI, 1981.
- Catrain, P.; Oviedo, J. *La Cuestión Nacional y la Conformación del Estado en República Dominicana*. Cuadernos del CENDIA, 1983. n. 11.
- CECAPO. *Barrios populares, organización y lucha política*. En publicación.

- Cela, J.; Duarte, I.; Gómez, C.J. "Población, crecimiento urbano y barrios marginados en Santo Domingo". *Foro Urbano*, octubre de 1987.
- Delgado, A.; Matero, E. Las comunidades eclesiales de base como una metodología de educación popular en los barrios de Guachupita, Gualey, Guandules y Espaillat de Santo Domingo. Tesis de grado, UTESA, 1987.
- Dore Cabral, C. "Por qué se produjo Abril de 1984?", en *Impacto Socialista*. 1985, n. 2.
- , "La distribución espacial de los movimientos sociales de Abril de 1984", en *Impacto Socialista*. 1985, n. 1.
- Duarte, I. *Trabajadores Urbanos*. UASD, 1986.
- Gartetón, M. A. "Transformación social y refundación política en el capitalismo autoritario", en *Autores Varios: Autoritarismo y alternativas populares en América Latina*. FLACSO, 1982.
- Ianni, V. *El territorio de las masas*. UASD, 1986.
- Laciar, E. *Política e ideología en la política marxista*, Siglo XXI, 1978.
- , "Teoría marxista del Estado: Debates y perspectivas", en *Autores Varios: Estado y política en América Latina*. Siglo XXI, 1981.
- Lechner, N. *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. FLACSO, 1984.
- , "Cultura política y democratización", en *David y Goliat*. CLACSO, 1984, n. 48.
- Melucci, A. *L'invenzione del presente*. Il Mulino, 1982.
- , *Altri codici. Aree di movimento nella metropoli*. Il Mulino, 1984.
- , "Sul coinvolgimento individuale nella azione collettiva", en *Rassegna italiana di Sociologia*. Il Mulino, 1987.
- Nun, J. *La rebelión del coro*. FLACSO, 1982.
- , "Elementos para una teoría de la democracia. Gramsci y el sentido común", en *Punto de vista*. 1986, n. 27.
- Oviedo, J. "Estado y clases subalternas", en *Realidad Contemporánea*. 1982, n. 18-19.
- Oviedo, J. y Espinal, R. *Democracia y proyecto socialdemócrata en República Dominicana*. Taller, 1986.

- Pease, H. y Ballon, E. Límites y posibilidades de los movimientos populares: su impacto en el proceso político. DESCO, 1981.
- Portantiero, J. C. Los usos de Gramsci. Pasado y Presente, 1977.
- , "Lo nacional-popular y la alternativa democrática", en América Latina 80: Democracia y movimiento popular. DESCO, 1981.
- Singel, S. y Torre, J. C. "Una reflexión en torno a los movimientos laborales en América Latina", en Autores Varios: Fuerza de trabajo y movimientos laborales en América Latina. El Colegio de México, 1979.
- Tarrow, S. "Movimenti e organizzazioni sociali: che cosa sono, quando hanno successo", en Laboratorio político. Einaudi, 1982.
- Touraine, A. "Actores sociales y pautas de acción colectivas", en América Latina. PREALC, 1984.
- Van Nieuwenhove, J. "Le teologie della liberazione latinoamericane", en Autores Varios: Teologie della liberazione in América Latina. Citta nuova editrice, 1975.

CUADRO I.1

DISTRIBUCION DE LAS LUCHAS POPULARES  
VALORES RELATIVOS A LOS PRIMEROS OCHO MESES DE LOS AÑOS 1983-1987

Años Meses	1983	1984	1985	1986	1987	Totales	
						No.	%
Enero	9	13	23	43	21	109	13.56
Febrero	11	13	17	22	28	91	11.23
Marzo	7	28	18	27	42	122	15.17
Abril	10	30	18	49	34	141	17.54
Mayo	6	5	17	15	34	77	9.58
Junio	5	3	36	6	45	95	11.81
Julio	5	8	19	15	46	93	11.57
Agosto	4	15	21	14	22	76	9.45
<b>Totales</b>	<b>57</b>	<b>115</b>	<b>169</b>	<b>191</b>	<b>272</b>	<b>804</b>	<b>100.00</b>

FUENTE: CEDEE, Cronología de las luchas populares dominicanas.  
Elaboración: Vanna Ianni.

CUADRO I.2

DISTRIBUCION DE LAS LUCHAS POPULARES  
VALORES RELATIVOS A LOS PRIMEROS OCHO MESES DE LOS AÑOS 1983-1987

AÑO Enero - Agosto	Total #	Total %
1983	57	7.09
1984	115	14.30
1985	169	21.02
1986	191	23.76
1987	272	33.83
Totales	804	100.00

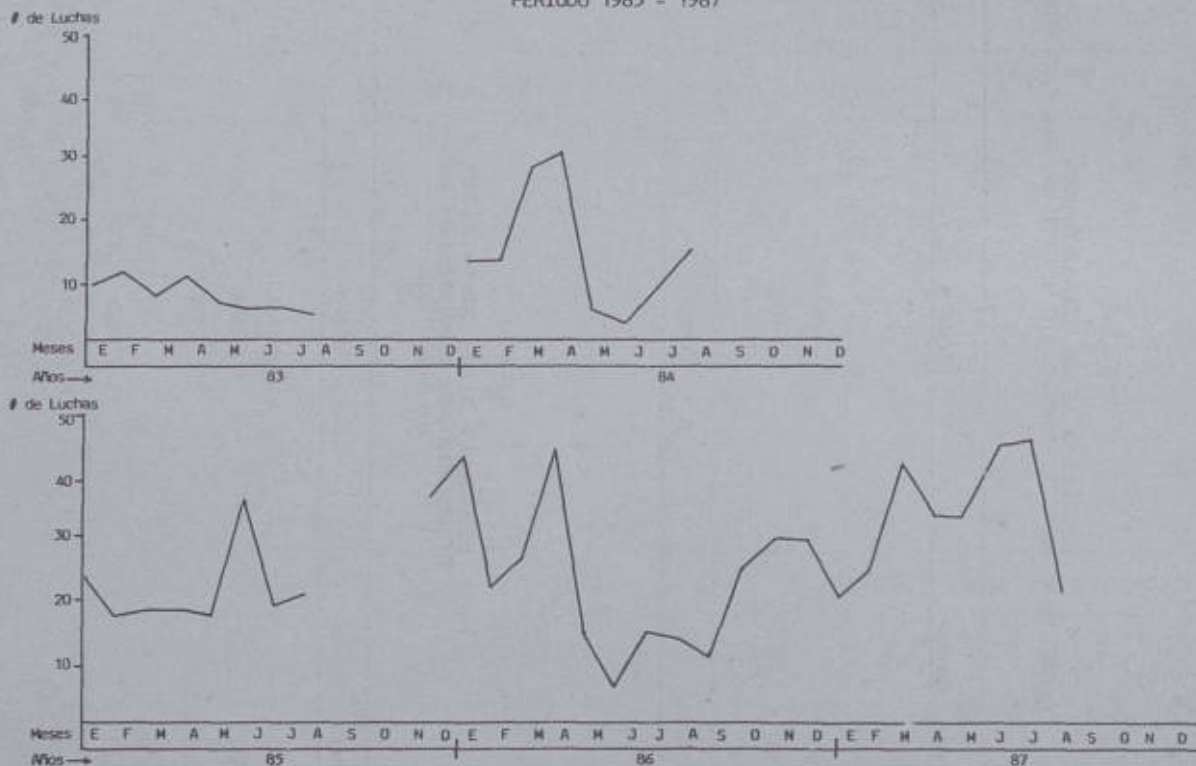
CUADRO I.3

DISTRIBUCION DE LAS LUCHAS POPULARES  
INDICES RELATIVOS AL PERIODO 1983-1983:  
AÑO BASE = 1983

AÑO Enero - Agosto	Total #	Total %
1983	Año base	100
1984	202%	102
1985	296%	196
1986	335%	235
1987	477%	377

CUADRO I.4

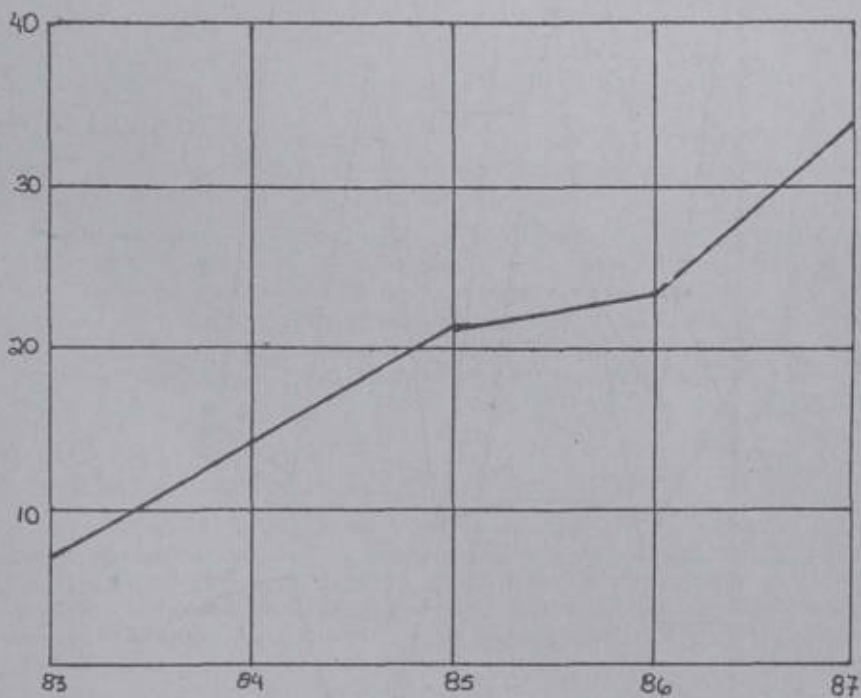
GRAFICO RELATIVO A LA EVOLUCION DE LAS LUCHAS POPULARES:  
PERIODO 1983 - 1987





CUADRO I.5

GRAFICO DE FRECUENCIAS RELATIVAS DE LAS LUCHAS POPULARES  
PERIODO 1983 - 1987



CUADRO I.6

GRAFICO DE DISTRIBUCION DE LAS LUCHAS POPULARES,  
EN LOS PRIMEROS OCHO MESES DE LOS AÑOS 1983 - 1987

